

EL VALOR SAGRADO DE LA VIDA

(Mayo-junio 1989)

En el diario Granma, en su edición del día 18 de mayo, en primera plana se podía leer. «Posible prevenir la hemofilia con diagnóstico prenatal». Con avidez, pero en vano, busqué en la información algunos datos sobre la posibilidad de influir en el embrión humano afectado por la hemofilia para curar esta enfermedad. Solo hallé, con dolor, que se daba a conocer cómo la hemofilia puede inscribirse ya también en la larga lista de enfermedades detectables en el embrión o en el feto humano para que los padres «puedan decidir...».

¡Cómo se ha avanzado por este camino! Primero se detectó en el seno materno al enfermo cerebral profundo, al idiota, cuya presencia nos va resultando cada vez más inaceptable en un mundo bien organizado como el que soñamos, ya vamos por la hemofilia.

Inevitablemente vino a mi memoria el rostro de un joven poeta, escritor de brillante inteligencia y fina sensibilidad, graduado universitario, trabajador incansable, a quien tuve la dicha de conocer y tratar. Era hemofílico. ¿Nos hubiéramos privado de su trato, de su amistad, de los aportes que él hizo a la vida, solo porque sus padres hubieran decidido «sabiamente y a tiempo» que ese niño no debía nacer? Hablo en pasado porque este joven murió en plenitud de vida y de facultades creativas y no de hemofilia, sino de un terrible accidente automovilístico.

¿Hasta dónde se puede llegar por este camino? Mi pregunta no es hasta dónde podrá llegar la investigación científica, porque es previsible que llegue lejos y, de hecho, ya sabemos cuánto se ha alcanzado en el campo de la genética.

Mi pregunta es otra: ¿hasta dónde llegará el ser humano en sus decisiones sobre la vida, en la manipulación de los elementos que transmiten la vida y en sus atentados a la vida misma. ¿Cuál es el derecho del hombre a decidir sin freno alguno sobre la vida humana? En una palabra, ¿es aceptable desde el punto de vista ético todo lo que es científicamente posible?, ¿cuál es el límite que la ética pone a la ciencia?

De cara a estas preguntas no se puede proponer simplemente como solución la conocida respuesta que ofrece la más rancia filosofía liberal, la cual consiste en dejar que cada uno decida libremente lo que desea según su conciencia, y que aquel que tiene «principios religiosos» sea respetado en su decisión.

La ética social no puede abandonarse a decisiones de orden subjetivo. Tiene que haber un conjunto de normas claras, basadas en realidades objetivas, que preserven al hombre de un subjetivismo que se hace más riesgoso a medida que aumentan las posibilidades científicas.

Lo primero a tener en cuenta es la naturaleza misma del ser humano y su intrínseca dignidad.

Ante el desarrollo de las investigaciones genéticas y sus implicaciones en el desenvolvimiento de la vida humana es necesario que se adopten en la sociedad posturas éticas, que se originen en el conocimiento y respeto de la persona humana. Para eso debe formarse una conciencia social con respecto a determinados procedimientos científicos. Ni cada individuo dejado a su subjetividad ni un grupo

reducido de científicos y técnicos pueden tomar decisiones trascendentales sobre la vida humana. Esto vale para múltiples actos de la medicina moderna: ¿quién decide que la muerte se ha producido y que puede tomarse un órgano para ser trasplantado?, ¿puede tomarse tejido nervioso para un trasplante a partir de un feto abortado intencionalmente con ese fin?, ¿puede prestarse un útero para la implantación de óvulos fecundados «in vitro»?

A la par de los descubrimientos científicos debe producirse en el ser humano un afirmamiento de la conciencia moral que impida que la ciencia deshumanice al hombre. Cuando se soslayan los requerimientos de la ética, la ciencia tiende a estancarse, no se sobrepasa en sus búsquedas y empieza a contentarse con soluciones fáciles y a corto plazo. No se trata de una crítica a la ciencia, sino todo lo contrario, de una invitación a ir siempre más lejos. Hoy se hace cada vez más necesario un diálogo serio y profundo entre ciencia y ética.

En el centro de estas preocupaciones está el hombre mismo y su destino. Nuestra fe cristiana nos hace descubrir en cada ser humano la imagen de Dios, cualquiera que sea su condición física o mental o su abyección moral, lo cual es mucho peor.

El humanismo cristiano sitúa al hombre en el mismo sitio elevado en que Dios lo ha colocado, sobre todo al hacerse hombre en Jesucristo. Él quiso identificarse para siempre con cada ser humano, especialmente con aquel que sufre. Y así leemos en el Santo Evangelio: «Señor, ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y te visitamos?, ¿cuándo te vimos desnudo, con hambre o con sed y te asistimos?... Cada vez que lo hicieron a uno de esos pequeños, a mí me lo hicieron».

Cada hombre o mujer lleva en sí la imagen de Dios, cada ser humano que encontramos en nuestro camino es Jesucristo que pasa a nuestro lado, todos nosotros somos templos vivos de Dios. No profanemos la más perfecta obra de Dios: la criatura humana. El mundo hermoso y perfecto que soñamos no será aquel en que no haya anormales ni enfermos, ni feos, ni torpes, sino el mundo donde el amor ponga remedio u olvido a muchos males y donde todos seamos capaces de sacrificarnos con alegría por los demás.

Los bendice su Obispo.